

Respecto de Pompeyo parece haberle sucedido al pueblo Romano lo mismo que respecto de Hércules le sucedió al Prometeo de Esquilo, cuando viéndose desatado por él, exclamó: *sol y aurbum*

¡Hijo querido de enemigo padre! porque contra ninguno de sus generales manifestaron los Romanos un odio mas terrible y encarnizado que contra el padre de Pompeyo, Estrabon; durante cuya vida temieron su poder en las armas, porque era gran soldado; pero despues de cuya muerte, causada por un rayo, arrojaron del féretro y maltrataron su cadáver, cuando le llevaban á darle sepultura; ni Romano ninguno por el otro extremo gozó de un amor mas vehemente, ni que hubiese tenido mas pronto principio, que Pompeyo: con ninguno otro se mostró este amor mas vivo y floreciente mientras le lisongeó la fortuna; ni permaneció tampoco mas firme y constante despues de su desgracia. Para el odio de aquel no hubo mas que una sola causa, que fue su codicia insaciable de riqueza; y para el amor de este concurrieron muchas: su templedo método de vida, su ejercicio en las armas, su elegancia en el decir, su igualdad de costumbres, y su afabilidad en el trato: porque á ninguno se le pedia con menos reparo, ni nadie manifestaba mas placer en que se le pidiese, yendo los favores libres de toda molestia cuando los otorgaba, y acompañados de cierta gravedad cuando los recibía.

Su aspecto fue desde luego muy afable, y que le conciliaba atencion aun antes que hablase: porque era amable con dignidad; sin que ésta excluyese el parecer humano; y en la misma flor y brillantez de la juventud resplandeció ya lo grave y regio de sus costumbres. Ademas el cabello un poco levantado, y el movimiento compasado y blando de los ojos

daban motivo mas bien á que se digese que habia cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro, que no á que se percibiese en realidad; mas por ella empezaron muchos á darle este nombre, lo que él al principio no rehusaba; pero luego se valieron de esto algunos para llamarle por burla Alejandro; hasta tal punto que habiendo tomado su defensa Lucio Filipo, varon consular, dijo como por chiste, que no debía parecer extraño si se mostraba amante de Alejandro siendo Filipo. Dícese de la cortesana Flora, que siendo ya anciana, solia hacer frecuente mencion de su trato con Pompeyo, refiriendo que no le era dado, habiéndose entretenido con él, retirarse sin llevar la impresion de sus dientes en los labios. Añadia á esto, que Geminio, uno de los mas íntimos amigos de Pompeyo, la codició, y ella le hizo penar mucho en sus solicitudes, hasta que por fin tuvo que responderle que se resistia á causa de Pompeyo; que Geminio se lo dijo á este, y Pompeyo condescendió con su deseo, y de allí en adelante jamas volvió á tratarla ni verla, sin embargo de que parecia que le conservaba amor; y finalmente que ella no llevó este desvío como es propio á las de su profesion, sino que de amor y de pesadumbre estuvo por largo tiempo enferma. Fue tal y tan celebrada, segun es fama, la hermosura de Flora, que queriendo Cecilio Metelo adornar con estatuas y pinturas el templo de los Dioscuros, puso su retrato entre los demas cuadros á causa de su belleza. Mas volviendo á Pompeyo, con la muger de su liberto Demetrio, que tuvo con él gran valimiento, y dejó un caudal de cuatro mil talentos, se condujo contra su costumbre desabrida é inhumanamente, por temor de su hermosura, que pasaba por irresistible, y era tambien muy aplaudida, no se dijese que ella era la que le dominaba. Mas sin embargo de vivir con tan excesivo cuidado y precaucion

en este punto, no pudo librarse de la censura de sus enemigos; sino que aun con mugeres casadas le calumniaron de que por hacerles obsequio solia usar de indulgencia y remision en algunos negocios de la república. De su sobriedad y parsimonia en la comida se refiere este hecho memorable: estando enfermo de algun cuidado, le prescribió el médico por alimento que comiese un tordo: anduviéronle buscando los de su familia, y no encontraron que se vendiese en ninguna parte, porque no era tiempo; pero hubo quien dijo que lo habria en casa de Luculo, porque los conservaba todo el año; á lo que él contesto: ¿con que si Luculo no fuera un gloton, no podria vivir Pompeyo? y no haciendo cuenta del precepto del médico, tomó por alimento otra cosa mas fácil de tenerse á la mano; pero esto fue mas adelante.

Siendo todavía muy jovencito, militando á las órdenes de su padre, que hacia la guerra á Cina, tuvo á un tal Lucio Terencio por amigo y camarada. Sobornado este con dinero por Cina, se comprometió á dar por sí muerte á Pompeyo, y á hacer que otros pegasen fuego á la tienda del General. Denunciada esta maquinacion á Pompeyo hallándose á la mesa, no mostró la menor alteracion, sino que continuó bebiendo alegremente y haciendo agasajos á Terencio; pero al tiempo de irse á recoger pudo, sin que este lo sintiera, escabullirse de la tienda; y poniendo guardia al padre, se entregó al descanso. Terencio cuando creyó ser llegada la hora, se levantó, y tomando la espada, se acercó á la cama de Pompeyo, pensando que reposaba en ella, y descargó muchas cuchilladas sobre la ropa. De resultas hubo, en odio del General, grande alboroto en el campamento y conatos de desercion en los soldados, que empezaron á recoger las tiendas y tomar las armas. El General se sobrecogió con aquel tumulto, y no se atrevió á salir; pero Pompeyo, puesto en me-

dio de los soldados, les rogaba con lágrimas; y por último, tendiéndose boca abajo delante de la puerta del campamento, les servia de estorbo, lamentándose y diciendo que le pisaran los que quisieran salir; con lo que se iban retirando de vergüenza; y por este medio se logró el arrepentimiento de todos, y su sumision al General, á excepcion de unos ochocientos.

Al punto de haber muerto Estrabon sufrió Pompeyo á nombre suyo causa de malversacion de los caudales públicos; y habiendo Pompeyo cogido en fraganti al liberto Alejandro, que tomaba para sí la mayor parte de ellos, dió la prueba de este hecho ante los jueces. Acusábasele sin embargo de tener en su poder ciertos lazos de caza y ciertos libros de la presa de Asculo; y ciertamente los habia recibido de mano del padre cuando Asculo fue tomado; pero los perdió despues, con motivo de que al volver Cina á Roma, los de su guardia allanaron la casa de Pompeyo, y la robaron. Tuvo durante el juicio diferentes confrontaciones con el acusador, en las que, habiéndose mostrado mas expedito y firme de lo que su edad prometia, se granjeó grande opinion y el favor de muchos: tanto que Antistio, que era el Pretor y ponente de la causa, se aficionó de él, y ofreció darle su hija en matrimonio, tratando de ello con sus amigos. Admitió Pompeyo la proposicion; y aunque los capítulos se hicieron en secreto, no se ocultó á los demas el designio en vista de la solicitud de Antistio. Finalmente al publicar este la sentencia de los jueces, que era absoluta, el pueblo como si fuese cosa convenida, prorumpió en la exclamacion usada por costumbre con los que se casan, diciendo, *Talasio*. Dícese haber sido el origen de esta costumbre, el siguiente; cuando en ocasion de haber venido á Roma al espectáculo de unos juegos las hijas de los Sabinos, las robaron para mugeres los mas esforzados y valientes

de los Romanos, algunos pastores, vaqueros y otra gente oscura llevaban tambien robada á una doncella, ya en edad y sumamente hermosa. Estos, para que alguno de los mas principales con quien pudieran encontrarse no se la quitara, iban corriendo y gritando á una voz, á Talasio. Era este Talasio uno de los jóvenes mas conocidos y estimados; por lo que los que oian su nombre aplaudian y gritaban como regocijándose y celebrando el hecho; y de aqui dicen que provino, por quanto aquel matrimonio fue muy feliz para Talasio, el que por fiesta se dirija esta exclamacion á los que se casan. Esta es la historia mas probable de cuantas corren acerca de la exclamacion de *Talasio*. De alli á pocos dias casó Pompeyo con Antistia.

Marchó entonces en busca de Cina á su campamento; pero habiendo concebido temor con motivo de cierta calumnia, muy luego se ocultó, y se quitó de delante. Como no se supiese de él, corrió en el campamento la hablilla de que Cina habia dado muerte á aquel joven. Con esto los que ya antes le miraban con aversion y odio se armaron contra él: dió á huir, y habiéndole alcanzado un capitan que le perseguia con la espada desnuda, se echó á sus pies, y le presentó su anillo, que era de gran valor; pero contestándole el capitan con gran desden: yo no vengo á sellar ninguna escritura, sino á castigar á un abominable é inicuo tirano, le pasó con la espada. Muerto de esta manera Cina, entró en su lugar y se puso al frente de los negocios Carbon, tirano todavia mas furioso que aquel: asi es que Sila, que ya se acercaba, era deseado de los mas á causa de los males presentes, por los que miraban como un bien no pequeño la mudanza de dominador: ¡á tal punto habian traído á Roma sus desgracias, que ya no buscaba sino una esclavitud mas llevadera, desconfiando de ser libre!

Hizo entonces mansion Pompeyo en el campo Piceno de la Italia, por tener allí posesiones, y por hallarse muy bien en aquellas ciudades, cuyo afecto y estimacion parecia haber heredado. Mas viendo que los ciudadanos de mayor distincion y autoridad abandonaban sus casas, y de todas partes acudian como á un puerto al campo de Sila, no tuvo por digno de sí el presentarse con trazas de fugitivo, sin contribuir con nada, y como mendigando auxilio; sino mas bien con dignidad y con alguna fuerza; como quien va á hacer favor, para lo que iba echando especies, á fin de atraer á los Picenos. Oíanle estos con gusto, al mismo tiempo que no hacian caso de los que venian de parte de Carbon; y como un tal Vindio digese por desprecio que de la escuela se les habia aparecido de repente el brillante orador Pompeyo, de tal modo se irritaron, que cayendo repentinamente sobre Vindio le dieron muerte. Con esto Pompeyo á los veinte y tres años de edad, sin que nadie le hubiese nombrado General, dándose el mando á sí mismo, puso su tribunal en la plaza de la populosa ciudad de Auximo; y dando orden por edicto á los hermanos Ventidios, ciudadanos de los mas principales que favorecian el partido de Carbon, para que saliesen del pueblo, reclutó soldados, nombrando por el orden de la milicia capitanes y tribunos, y recorrió las ciudades de la comarca ejecutando otro tanto. Retirábanse y cedian el puesto cuantos eran de la faccion de Carbon; con lo que, y con presentársele gustosos todos los demas, en muy breve tiempo formó tres legiones completas; y surtiéndolas de víveres, de acemilas y de carros, y de todo lo demas necesario, marchó en busca de Sila; no precipitadamente, ni procurando ocultarse, sino deteniéndose en la marcha con el fin de molestar á los enemigos, y tratando en todos los puntos de Italia adonde llegaba, de separar á los naturales del partido contrario.

Marcharon pues contra él á un tiempo tres caudillos enemigos, Carina, Celio y Bruto; no de frente todos, ni juntos, sino formando una especie de círculo con sus divisiones, como para echarle mano; pero él no se intimidó, sino que llevando reunidas todas sus fuerzas cargó contra sola la division de Bruto con la caballería, al frente de la cual se puso. Vino también á oponérsele la caballería enemiga de los Galos; y adelantándose á herir con la lanza al primero y mas esforzado de estos, acabó con él. Volvieron caras los demas, y desordenaron la infantería dando todos á huir; y como de resultas se indispusiesen entre sí los tres caudillos, se retiraron por donde cada uno pudo. Acudieron entonces las ciudades á Pompeyo en el supuesto de que había nacido de miedo la dispersion de los enemigos. Dirigióse también contra él el Cónsul Escipion; pero antes de que los dos ejércitos hubiesen empezado á hacer uso de las lanzas, saludando los soldados de Escipion á los de Pompeyo, se le pasaron, y aquel huyó. Finalmente, habiendo colocado el mismo Carbon grandes partidas de caballería á las orillas del rio Arsis, acometiéndolas y rechazándolas vigorosamente, fue persiguiéndolas hasta encerrarlas en lugares ásperos, donde no podía obrar la caballería; por lo cual, considerándose sin esperanzas de salud, se le entregaron con armas y caballos.

Todavía no tenia Sila noticia de estos sucesos; pero al primer rumor que le llegó de ellos, temiendo por Pompeyo rodeado de tantos y tan poderosos Generales enemigos, se apresuró á ir en su socorro. Cuando Pompeyo supo que se hallaba cerca, dió orden á los Gefes de que pusieran sobre las armas y acicalaran sus tropas, á fin de que se presentasen con gallardía y brillantez ante el Emperador, porque esperaba de él grandes honras; pero aun las recibió mejores: pues luego que Sila le vió venir, y á su

tropa que le seguía con un aire imponente; y que se mostraba alegre y ufano con sus triunfos, se apeó del caballo; y siendo, como era justo, saludado Emperador, hizo la misma salutación á Pompeyo; cuando nadie esperaba que á un joven, que todavía no estaba inscrito en el Senado, le hiciera Sila participante de un nombre, por el que hacia la guerra á los Escipiones y á los Marios. Todo lo demas correspondió y guardó conformidad con este primer recibimiento: levantándose cuando llegaba Pompeyo, y descubriéndose la cabeza: distinciones que no se le veia facilmente hacer con otros, sin embargo de que tenia á su lado á muchos de los principales ciudadanos. Mas no por esto se ensoberbeció Pompeyo; sino que enviado por el mismo Sila á la Galia, de la que era Gobernador Metelo, y donde parecia que este no hacia cosa que correspondiese á las fuerzas con que se hallaba, dijo no ser puesto en razon que á un anciano que tanto le precedia en dignidad se le quitara el mando; pero que si Metelo venia en ello, y lo reclamaba, por su parte estaba dispuesto á hacer la guerra y auxiliarle. Prestóse á ello Metelo; y habiéndole escrito que fuese, desde luego que entró en la Galia empezó á ejecutar por sí brillantes hazañas, y fomentó y encendió otra vez en Metelo el caracter guerrero y resuelto que estaba ya apagado por la vejez: al modo que se dice, que el metal derretido y liquidado á la lumbre, si se vacia sobre el compacto y frio pone en él mayor encendimiento y calor que el mismo fuego. Mas asi como de un atleta que se distingue entre todos, y ha dado fin glorioso á todos sus combates, no se refieren las victorias pueriles, ni se les da la menor importancia: de la misma manera con haber sido brillantes en sí los hechos de Pompeyo en aquella época, habiendo quedado enterrados bajo la muchedumbre y grandeza de los combates y guerras que vinieron despues,

no nos atrevemos á moverlos, no sea que deteniéndonos demasiado en los principios, nos falte despues tiempo para las insignes hazañas y sucesos que mas declaran el caracter y costumbres de este esclarecido varon.

Después que Sila sujetó toda la Italia, y se le confirió la autoridad de Dictador, dió recompensas á los demas Gefes y caudillos, haciéndolos ricos, y promoviéndolos á las magistraturas, y agraciándolos larga y generosamente con lo que cada uno codiciaba; pero prendado particularmente de Pompeyo por su virtud, y juzgando que podria ser un grande apoyo para sus intentos, procuró con grande empeño introducirle en su familia. Ayudado pues con los consejos de su muger Metela, hace condescender á Pompeyo en que despida á Antistia, y se case con Emilia, entenada del mismo Sila, como hija de Metela y Escauro, casada ya con otro, y que á la sazón se hallaba en cinta. Era por tanto tiránica la disposicion de este matrimonio, y mas propia de los tiempos de Sila, que conforme con la conducta de Pompeyo, á quien se hacia traer á Emilia á su casa en cinta de otro, y arrojar de ella á Antistia ignominiosa y cruelmente; y mas cuando por él acababa entonces de quedarse sin padre: porque habian dado muerte á Antistio en el Senado, por parecer que promovia los intereses de Sila á causa de Pompeyo; y ademas la madre, cuando llegó á entender semejantes designios, voluntariamente se quitó la vida; de manera que se agregó esta desgracia á la tragedia de tales bodas; y tambien por complemento la de haber muerto Emilia de sobreparto en casa de Pompeyo.

Llegaron en esto nuevas de que Perpena se habia apoderado de la Sicilia, haciendo de aquella isla un punto de apoyo para los que habian quedado de la faccion contraria, mientras que Carbon daba tam-

bien calor por aquella parte con la armada; Dominicio habia pasado al Africa, y acudian hácia el mismo punto todos los desterrados de cuenta, que con la fuga se habian podido libertar de la proscripcion. Fue pues contra ellos enviado Pompeyo con grandes fuerzas; y Perpena al punto le abandonó la Sicilia. Halló las ciudades muy quebrantadas, y las trató con suma humanidad, á excepcion solamente de la de los Mamertinos de la Mesena: pues como recusasen su tribunal y su jurisdiccion, inhíbidos, decian, por una ley antigua de Roma: ¿no cesareis, les respondió, de citarnos leyes, viendo que ceñimos espada? Parece asimismo que insultó con poca humanidad á los infortunios de Carbon, pues si era preciso, como lo era quizá, el quitarle la vida, debió ser luego que se le prendió; y entonces la odiosidad recaeria sobre el que lo habia mandado; pero él hizo que le presentaran aprisionado á un ciudadano Romano que habia sido tres veces Consul; y colocándolo delante del tribunal, sentado en su escaño le condenó, con disgusto é incomodidad de cuantos lo presenciaron. Después mandó que quitándosele de allí, le diesen muerte; y se dice que después de retirado, cuando vió ya la espada levantada, pidió que le permitieran apartarse un poco y le diéran un breve instante para hacer cierta necesidad corporal. Cayo Opio, amigo de Cesar, refiere que Pompeyo se condujo igualmente con inhumanidad con Quinto Valerio: pues teniendo entendido que era hombre instruido como pocos, y muy dado al estudio, luego que se lo presentaron, le saludó, y se pusieron á pasear juntos; y cuando ya le hubo preguntado y aprendido de él lo que deseaba saber, dió orden á los ministros de que le llevaran de allí y le quitaran del medio; pero á Opio, cuando habla de los enemigos ó de los amigos de Cesar, es necesario oírle con gran desconfianza; y en esta parte

Pompeyo á los mas illustres entre los enemigos de Sila, que constaba públicamente haber sido presos, no pudo menos de castigarlos; pero de los demas, pudiendo hacer otro tanto, disimuló con muchos que lograron mantenerse ocultos; y aun á algunos les dió puerta franca. Teniendo resuelto escarmentar á la ciudad de los Himerios, que habia estado con los enemigos, pidió el orador Estenis permiso para hablarle, y le dijo que no obraria en justicia si dejando libre al que era la causa, perdía á los que en nada habian delinquido. Preguntóle Pompeyo quién era el que decia ser causa; y como le respondiese que él mismo, pues á los amigos los habia persuadido, y á los enemigos los habia obligado; prendado Pompeyo de su franqueza y su determinacion, le absolvió y dió por libre á él el primero, y despues á todos los demas. Habiendo oido que los soldados cometian insultos por los caminos, les selló las espadas; y el que no conservaba el sello era castigado.

Sosegadas y arregladas de este modo las cosas de Sicilia, recibió un decreto del Senado y cartas de Sila, en que se le mandaba navegar al Africa, y hacer poderosamente la guerra á Domicio, que habia allegado mayores fuerzas que aquellas con que poco antes habia pasado Mario del Africa á Italia, y convertido de desterrado en tirano, habia puesto en confusion á la república. Haciendo pues Pompeyo con la mayor celeridad sus preparativos, dejó por Gobernador de la Sicilia á Memio, marido de su hermana, y él zarpó del puerto con ciento y veinte naves de guerra y ochocientos transportes, en que conducia las provisiones, las armas arrojadizas, los caudales y las máquinas. Cuando parte de las naves tomaban puerto en Utica y parte en Cartago, siete mil de los enemigos, abandonando el otro partido, se le pasaron. Las fuerzas que él llevaba eran seis legiones completas; y se dice haberle alli sucedido una

cosa graciosa; porque algunos soldados, dando por casualidad con un tesoro, se hicieron con bastante dinero; y como este encuentro se hubiese divulgado, les pareció á todos los demas que el sitio aquel estaba lleno de caudales, que los Cartagineses habian en él depositado en el tiempo de sus infortunios. Por tanto en muchos dias no pudo Pompeyo hacer carrera con los soldados, ocupados en buscar tesoros, y lo que hacia era irse donde estaban, y reirse de ver á tantos millares de hombres cavar y revolver todo aquel terreno; hasta que desesperados ellos mismos, le pidieron que los llevara donde gustase, pues que ya habian pagado la pena merecida de su necesidad.

Preparóse Domicio para el combate, queriendo poner delante de sí un barranco áspero y difícil de pasar; pero como desde la madrugada empezase á caer copiosa lluvia con viento, se detuvo, y desconfiando de que pudiera ser en aquel dia la batalla, dió orden para la retirada. Pompeyo por el contrario creyó ser aquel el momento oportuno, y marchando con rapidez, pasó el barranco; con lo que sorprendidos en desorden los enemigos, no pudieron hacer frente todos y en union; y aun el viento continuaba dándoles con el agua de cara. No dejó sin embargo de incomodar tambien á los Romanos aquella tempestad, porque no les permitia verse bien unos á otros; y el mismo Pompeyo estuvo para perecer por no ser conocido, á causa de que habiéndole preguntado uno de sus soldados la seña, tardó en responder. Mas rechazaron con gran mortandad á los enemigos, pues se dice que de veinte mil solos tres mil pudieron huir, y á Pompeyo le proclamaron Emperador; pero como este no quisiese admitir aquella distincion, mientras se mantuviera enhiesto el campamento de los enemigos, diciéndoles que para que le tuviesen por digno de aquel título era preciso que antes lo derrribaran; al punto se arrojaron sobre

el valladar, peleando Pompeyo sin casco, por temor de que le sucediera lo que antes. Tomóse pues el campamento, pereciendo allí Domicio. De las ciudades unas se sometieron inmediatamente, y otras fueron tomadas por fuerza. Tomó tambien cautivo al Rey Iarbas, que auxiliaba á Domicio, y dió su reino á Hiemsal. Sacando partido de la buena suerte y del denuedo de sus tropas, invadió la Numidia, y haciendo por ella muchos dias de marcha, sujetó á cuantos se le presentaron; con lo que volviendo á dar tono y fuerza al terror y miedo con que aquellos bárbaros miraban antes á los Romanos, que ya se habia debilitado, dijo que ni las fieras que habitaban el Africa se habian de quedar sin probar el valor y la fortuna de los Romanos. Dióse pues á la caza de leones y elefantes por algunos dias; y en solos cuarenta derrotó á los enemigos, sujetó al Africa, y dispuso de reinos, teniendo entonces veinte y cuatro años.

A su regreso á Utica se encontró con cartas de Sila, en que le prevenia que despachara el resto del ejército, y con una sola legion esperara alli al Pretor que iba á sucederle. No dejó de causarle novedad semejante orden, y se desazonó con ella interiormente; pero el ejército se disgustó muy á las claras; y rogándoles Pompeyo que marchasen, prorumpieron en expresiones ofensivas contra Sila, y á aquel le dijeron que de ningun modo le abandonarían, ni permitirían que se confiase de un tirano. Procuró Pompeyo al principio sosegarlos y tranquilizarlos; pero cuando vió que no se aquietaban, bajándose de la tribuna, quiso retirarse á su tienda desconsolado y lloroso; pero ellos, conteniéndole, le volvieron á colocar en la tribuna, y se perdió gran parte del dia, pidiéndole los soldados que permaneciera y los mandase, y rogándoles él que obedecieran y no se sublevasen; hasta que instándole y gritándole todavía,

les juró que se daría muerte si continuaban en hacerle violencia; y aun así con dificultad los aquietó. El primer aviso que tuvo Sila fue de haberse sublevado Pompeyo, y dijo á sus amigos: está visto que es hado mio, siendo viejo, tener que lidiar lides de mozos, aludiendo á Mario, que siendo muy joven, le dió mucho en que entender, y puso en gravísimos riesgos. Mas cuando supo la verdad y observó que todos recibían y acompañaban á Pompeyo con demostraciones de amor y benevolencia, corriendo á obsequiarle, se propuso excederlos. Salió pues á recibirlo, y abrazándolo con la mayor fineza, le llamó *Magno* en voz alta, y dió orden á los que allí se hallaban de que le saludaran de la misma manera; y magno quiere decir grande. Otros son de sentir que esta salutacion le fue dada la primera vez por el ejército en el Africa; y que adquirió mayor fuerza y consistencia confirmada por Sila. Como quiera él fue el último que al cabo de mucho tiempo, cuando fue enviado de Proconsul á España contra Sertorio, empezó á darse en las cartas y en los edictos la denominacion de Pompeyo Magno: porque ya no era odiosa, á causa de estar muy admitida en el uso; y mas bien son de apreciar y admirar los antiguos Romanos, que condecoraban con estos títulos y sobrenombres, no solo los ilustres hechos de armas, sino tambien las acciones y virtudes políticas: habiendo sido el mismo pueblo el que dió á dos el nombre de Maximos, que quiere decir muy grande: á Valerio por su reconciliacion con el Senado, que estaba en oposicion con él; y á Fabio Rulo, porque ejerciendo la censura, á algunos ricos que siendo de condicion libertina se habian hecho inscribir en el Senado, los arrojó ignominiosamente de él.

Pidió Pompeyo por estos últimos sucesos el triunfo, y fue Sila el que le hizo oposicion: porque la ley no lo concedé sino al Cónsul ó al Pretor, y á

ninguno otro; y por lo mismo el primero de los Escipiones, que consiguió en España de los Cartagineses mas señaladas victorias, no pidió el triunfo, porque no era ni Cónsul ni Pretor: decia pues que si entraba triunfante en la ciudad Pompeyo, que todavía era imberbe, y por razon de la edad no tenia cabida en el Senado, se harian odiosos, en el mismo Sila la autoridad, y en Pompeyo este honor. De este modo le hablaba Sila para que entendiera que no se lo consentiria, sino que le seria contrario, y reprimiria su temeridad si no desistia del intento. Mas no por esto cedió Pompeyo; sino que previno á Sila observase que mas son los que saludan al sol en su oriente que en su ocaso; dándole á entender que su poder florecia entonces y el de Sila iba decreciendo y marchitándose. No lo percibió bien Sila; y observando, por los semblantes y el gesto de los que lo habian oido, que les habia causado admiracion, preguntó qué era lo que habia dicho; é informado, aturdiéndose de la resolucion de Pompeyo, dijo por dos veces seguidas: que triunfe, que triunfe. Como otros muchos mostrasen tambien disgusto é incomodidad, queriendo Pompeyo, segun se dice, mortificarlos mas, intentó ser conducido en la pompa en carro tirado por cuatro elefantes, porque en la presa habia traído muchos del Africa de los que pertenecian al Rey; pero por ser la puerta mas estrecha de lo que era menester, abandonó esta idea, y hubo de contentarse con caballos.

No habian los soldados conseguido todo lo que se habian imaginado; y como por esto tratasen de revolver y alborotar, dijo que nada le importaba, y que antes dejaria el triunfo que usar con ellos de adulacion y bajeza. Entonces Servilio, varon muy principal, y uno de los que mas se habian opuesto al triunfo de Pompeyo: ahora veó, dijo, que Pompeyo es verdaderamente grande y digno del triunfo.

Es bien claro que si hubiera querido, habria alcanzado facilmente ser del Senado; sino que como dicen, quiso sacar lo glorioso de lo extraordinario: porque no habria tenido nada de maravilloso el que antes de la edad hubiera sido Senador, y era mucho mas brillante haber triunfado antes de serlo; y aun esto mismo contribuyó no poco para aumentar hácia él el amor y benevolencia de la muchedumbre; porque mostraba placer el pueblo de verle después del triunfo contado entre los del orden equestre.

Consumiase Sila viendo hasta qué punto de gloria y de poder subia Pompeyo; pero no atreviéndose por pundonor á estorbarlo, se mantuvo en reposo: á excepcion de cuando por fuerza y contra su voluntad promovió Pompeyo al consulado á Lepido, trabajando por él en los comicios, y ganándole por su grande influjo el favor del pueblo: porque entonces viendo Sila que se retiraba de la plaza con grande acompañamiento: observo, le dijo, ó joven, que vas muy contento con la victoria: ¿y cómo no con la grande y gloriosa hazaña de haber hecho designar Consul antes de Catulo, el mejor de los hombres, á Lepido el mas malo? Pero cuidado no te duermas y dejes de estar solícito sobre los negocios, porque te has preparado un rival mas fuerte que tú. Pero donde mas principalmente declaró Sila que no estaba bien con Pompeyo fue en el testamento que otorgó: porque haciendo mandas á los demas amigos, y nombrándolos tutores de su hijo, ninguna mencion hizo de Pompeyo. Llevólo este sin embargo con gran moderacion y política, tanto que habiéndose opuesto Lepido y algunos otros á que el cadáver se sepultara en el campo Marcio, y á que la pompa se hiciera en público, tomó el negocio de su cuenta, y concilió al entierro gloria y seguridad al mismo tiempo.

No bien habia fallecido Sila cuando se vió cum-